

HEMBRAS CÉLEBRES DE NAVARRA

LA MARQUESA DE FALCES

EL cuadro que os presento, digno de maestra mano y no de las mías torpes y fatigadas, tiene por marco la espléndida ribera navarra, rica por su tierra, brillante por su cielo, poética por sus ríos y canalillos, codiciable por sus productos, encantadora por sus vergeles, seductora por su vegetación, simpática por su hospitalidad, admirable por el vigor físico de sus pobladores y celebrada en todos los siglos por el heroísmo de la raza que allí habita.

Enclavada hacia el centro de esa sorprendente zona, paraíso seductor cuya fecundidad y lozanía a toda ponderación exceden, se encuentra Marcilla, tan enaltecida por virtuosos hijos, como por sus patrióticos fervores; de ellos dió insigne prueba el memorable año 1212, respondiendo con entusiasmo insuperados al llamamiento del Rey Fuerte, el esforzado monarca postrero de la pura raza euskara. Marcilla acudió con lucida hueste a la redención libertadora del linaje hispano, a la épica jornada de Muradal, al colosal y titánico torneo de las Navas de Tolosa, duelo hercúleo y definitivo entre la Cruz y la Medialuna, en el cual había de decidirse para siempre el porvenir de los Reinos cristianos. Al triunfo resonante obtenido por la Cristiandad en las Navas de Tolosa, cooperó la villa ribereña con su esclarecido capitán D. Fermín Marcilla, luchando denodadamente al lado de su monarca invicto y de los Radas y Zuñigas, los Monteagudos y Peraltas, los Iñiguez y Medranos, los Oteizas y Zubizas. Pero Marcilla, por inconcebible descuido, ha consentido desaparezca de su escudo la orla gloriosa de las emblemáticas cadenas que a sus hijos concediera Don Sancho el Fuete

en premio a sus heroísmos, al igual que hizo con otros varios pueblos de los cuales treinta ostentan todavía el preclaro distintivo.

*
* *

La ilustre villa testificó de muy antiguo su ilimitada adhesión al trono pirenaico y como otras muchas localidades navarras, erigió su Castillo, potente fortaleza que las vicisitudes de los tiempos han transformado en castillo-palacio, cuya vista presento al lector sobre estas líneas.

Sin incurrir en grave error podríamos atribuir su construcción al siglo XII, ateniéndonos a las muestras que de su pristina arquitectura militar ostenta, evocante de las feudales mansiones de Pau y Orthez (Bearn), Beaucens (Bigorre), Saint-Béat y Montespau (Comminges) y otras de la Baja Navarra, contemporáneas de nuestro afamado castillo. Así permiten clasificarle sus tres robustas y cuadradas torres de gruesa piedra sillería labrada, coronadas de almenas, sus angulosas saeteras, sus corridas barbacanas, las esbeltas torrecillas-atalayas, las dos intermedias cortinas de recios sillares y sólidos muros festoneados de matacanes, el amplio foso circundante, el puente levadizo y hasta los escudos de águila imperial que en los frentes de las torres lucieron con altivez la heráldica enseña. Fué este (según creo) uno de los ocho castillos titulados mayores en el Reino navarro.

Villa por la nobleza de entonces preferida, los últimos Sanchos la beneficiaron pródigamente y llegó a contar en la segunda mitad del siglo XIV hasta el setenta y uno por ciento de sus vecinos en la privilegiada clase de hidalgos.

Su castillo estuvo siempre confiado a servidores acreditados como los más fieles a la Corona navarra, desde el Abad de la Oliva, primero de ellos, hasta el celeberrimo Mosén Pierres de Peralta, entre los últimos.

*
* *

¡Cuántas tragedias históricas se han desarrollado en estas oscuras residencias! Aun no incluyendo los acaecimientos marciales, ateniéndonos tan sólo a dramas políticos y de familia, a verdaderos crímenes perpetrados con el puñal o la ponzoña, ¿qué cúmulo de infamias se han realizado detrás de esos ciclópeos muros o bajo las bóvedas húmedas y sombrías de esas residencias de la soberbia? ¡Si la Humanidad llegara a conocer todos los tétricos episodios que tierra y piedra cubrieron en las salas, alcobas y mazmorras de esos misteriosos recintos.... tal vez arrancarían la Historia muchos apelativos a algunas figuras

que las Crónicas nos presentan con simpatía Y hasta con admiración!

La torre de Londres, donde fueron asesinados dos hijos de Eduardo V; el castillo de Pontifrac, donde fué apuñalado Ricardo II; el de Versalles, donde Damiens murió martirizado; el Fontaineblau, donde Cristina de Suecia hizo matar a estocadas a su escudero y amante; la torre de Nesle, desde la cual se arrojaron al Seria tantos amantes para ocultar orgías y amores ilegítimos; el castillo de Simancas, donde misteriosamente acabó nuestro Mariscal D. Pedro de Navarra en olor de envenenado, lo mismo que Doña Blanca en el Castillo de Orthez..... y tantos y tantos otros.....

Ninguna sombra de esa especie se cierne sobre el castillo de Marci-lla, antes bien le circunda la aureola del heroísmo femenino, como más adelante verá quien me leyere.

De la suntuosidad interna de esa fortaleza poco me es dable afirmar y esto no más que por referencias: desde el año 1429 y por delegación del Rey Don Juan II mandaba esta fortaleza el ya nombrado Mosén Pierres de Peralta, de quien descienden los Marqueses de Falces, los cuales conservaban hace pocos años entre su armería varias espadas-estoques, dagas, celadas milanesas y armaduras y rodela (tal vez de las fabricadas en Eugui) mas la celebrada Tizona del Cid, llegada aquí por no sé cuales relaciones de descendencia. De deducción en deducción podría permitirse la fantasía de algún lector, la hipótesis de los tapices, las sedas y bordados, cojines, vargueños y damascos que con las panoplias decorasen las estancias del Castillo; el autor no propende a aventurarse tanto.

*
* *

Sonó con el verano de 1512 la hora fatídica de Navarra: el buitre acechaba años atrás a su presa debilitada por maldecidas guerras civiles, por no muy solícitos gobernantes, por no muy fieles caballeros que miraron el trono mediante las rivalidades, sagacidad, astucia y deslealtades de ciertos nobles y aduladores serviles. Así se vió el pos-ter monarca sorprendido ante el eco de los clarines y atabales del Du-que de Alba, el invasor a nombre de Fernando el Excomulgado y lue-go Falsario, quien como ladrón cobarde, acechó paciente el día de la imposible defensa que garantizase la sustracción impune.

Los fieles a sus reyes tramaron varios años desde el extranjero des-tierro, el reparador desquite: ¡son tan difíciles las restauraciones!, el ambiente no halló eco bastante; el remordimiento del conquistador

traicionero no reposó un instante, tanto que como medida de previsión, cuarenta años más tarde, puso en práctica, por iniciativa del Cardenal Cisneros, la demolición de los castillos que de ésta se habían sustraído en dicho interregno.

Uno de ellos era el de Marcilla: ante sus muros enhiestos aparece el ejército intruso; polvorientos torbellinos que en su trote levantan los escuadrones castellanos le delatan desde lejos; los pendones morados alienígenas que el viento riza y tremola le denuncian más cercano, son los invasores, los que asolando y devastando, saqueando e incendiándolo todo, pretenden la fraternidad y sosiego de Navarra; son los que a guisa de santo y seña llevan por emblema: «furto y maña». Sus caballos cubiertos de ricos arneses, sus jinetes salvaguardados por brillantes armaduras, repujados yelmos y vistosas celadas, quebrando en sus blancas armas los solares rayos, seguidos de numerosas falanges de soldados cuyos petos y espaldares, capacetes, lanzas, lanzones y partesanas multiplican al infinito el deslumbramiento de la vista, a corta distancia del castillo se detienen, rodéanle con presteza en actitud resueltamente ofensiva, antes de consumir la cual, dos de los guarnecidos jinetes avanzan hasta el rastrillo de la fortaleza. El tigre implacable Hernández de Villalba manda en persona esa hueste.

Mientras tanto, ¿qué ocurre dentro del murado recinto? Ausente de la fortaleza el Marqués de Falces, doña Ana de Velasco, su esposa, concedora de las órdenes dadas al miserable Villalba, ha tomado las oportunas precauciones, reunido y armado toda su guarnición numerosa y asumido el mando de la misma cual lo hubiera realizado el más experto caudillo. Cubiertos de sus mallas y capacetes, coseletes y lorigas; armados de mazas y chuzos, dagas, tarja, y partesanas, según su categoría; de ballestas con sus gafas y cranéquines, arcabuces de rueda y mecha, cañones y culebrinas de mano, según el cometido previamente asignado a cada uno para el combate, los defensores del castillo cubren por completo sus torres y ocupan las almenas, saeteras, troneras y matacanes,

Al frente de sus vasallos se encuentra la Marquesa ricamente ataviada con traje de terciopelo carmesí, brocado de oro y pedrería, pendiente de su cintura el negro limosnero a la derecha y corta daga de cincelado puño y damasquina hoja al lado izquierdo.

Los jinetes de airoso porte, destacados del contingente sitiador, llegan al foso demandando audiencia; desciende lento y rechinante el le-

vadizo puente; de paren par ábrese las hojas del amplio portalón; y seguida de veinte capitanes espada al brazo y otras tantas allbaldas en mano de los más hercúleos soldados, aparece en primer término serena y firme la arrogante figura de Doña Ana de Velasco, alta, rubicunda y majestuosa, reflejando en su belleza el férreo temple de su alma.

Tranquila, con la impávida mirada de los héroes que en el corazón llevan arraigado el imperturbable sentido del deber, dirigiéndose a los dos enviados, se expresó de esta manera sin darles lugar a proferir palabra: «Venís a intimarme la rendición de esta fortaleza navarra, para »sumarle a la obra de devastación y ruina, incendio y pillaje, estúpido»damente decretada por vuestro dueño. Confiáis tal vez que pisoteando nuestro sentir os entregaremos estas torres y estas armas con la »cobardía de los perjuros. Sabed que no hemos de sacrificar a vuestros pies el honor de nuestra raza, la cual espirará mártir antes que »traidora. Comunicad, gavilla de incendiarios, mi solemne determinación a vuestro sanguinario Jefe.»

Dicho lo cual, alzóse el levadizo, crugieron sus goznes; rechinaron los quicios; cerróse el portalón y entre nubes de polvo galoparon los dos jinetes para transmitir a Villalba la negativa rotunda de que eran portadores. Horrenda blasfemia de aquel aborto del infierno siguió inmediata, y requiriendo a los suyos, en desenfrenada carrera se lanzó hacia el castillo, ante el cual con soeces imprecaciones requirió la rendición sin plazo, respetando por esta sola vez las vidas.

Súbita emergió en el adarve la soberanamente hermosa dama; y con el acento de heroína, imponiéndose a sitiadores y sitiados con sus peculiares arrogancia y dignidad, pronunció tan sólo estas palabras: «Lo dicho a vuestros enviados, repetido sea; si al Rey vuestro Señor »place mi castillo, venga por él; que yo no he de rendirle al más villano de los soldados, cuyas manos manchadas por el crimen, jamás »empuñarán las llaves de este recinto», y volviéndose a los suyos, finalizó con esta orden: «¡Mis vasallos, a las armas!»

*
* *

Una hora más tarde se alejan de Martilla, galopando hacia las Bardenas, los escuadrones del inmundo Villalba; pero es fama que no volvió a intimar la rendición de ningún castillo navarro, si bien no es menos cierto que a poco murió entre espantosas torturas y horripilantes blasfemias, castigo anticipado que el cielo le imponía por sus crímenes-

JULIO ALTADILL